

Está raro Fanfalone

Alfredo Gómez Cerdá

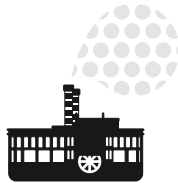
Ilustraciones
de Laura Pérez



EL BARCO
DE VAPOR

MISTERIOS DE FANFALONE





EL BARCO
DE VAPOR

Está raro Fanfalone

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Laura Pérez





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Alfredo Gómez Cerdá, 2018
© de las ilustraciones: Laura Pérez, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-787-9
Depósito legal: M-27873-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

–ESTÁ RARO FANFALONE.

–Lo está.

Llevaba unos días raro, eso era evidente. Bastante raro. Una prueba inequívoca era que apenas hablaba y, cuando lo hacía, se refería a cosas sin mucho interés: que si mi bocadillo es de *salame* y el tuyo de *mozzarella* con tomate, que si la profesora de Lengua se cayó por las escaleras y soltó una palabrota que se oyó en todo el colegio –cosa que todos sabíamos ya–, que si están podando el seto de la plaza... Wanda y Darío se habían dado cuenta.

–¿Qué le pasa?

–No lo sé.

–En otro me daría igual, pero tratándose de Fanfalone...

Tratándose de Fanfalone resultaba extraño, muy extraño. ¡Fanfalone! El niño más inquieto, fantasioso, imprudente, enredador, indiscreto, entrometido, chis-

moso y parlanchín de todo Riposto. ¿Y por qué no de toda la isla de Sicilia?

Era cierto que algo había cambiado. Desde que había colaborado con ellos –y con el famoso policía jubilado Tomaso Farnetti, alias Il Testardo, y el no menos famoso capo de la mafia, también retirado, don Rufo Culotto–, se había vuelto más prudente. El «caso del crecepelò», como fue bautizado, había conmocionado a la isla entera y despertado la curiosidad de toda Italia; y, de paso, había servido para que Fanfalone aprendiese a morderse la lengua. Estaba claro que Farnetti y Culotto pesaban lo suyo en el cambio que había experimentado.

Pero llevaba un par de días en los que no solo hablaba menos que de costumbre, sino que además hacía cosas muy raras. Aquel día, durante el recreo, permaneció solo y se dedicó a recorrer el patio en una y otra dirección. De vez en cuando se detenía, se chupaba el dedo índice y alzaba la mano.

–Eso lo hace para saber en qué dirección sopla el viento –le dijo Wanda a Darío.

–¿Y para qué querrá saberlo?

–Algo debe de estar tramando.

–Eso creo yo.

También observaba detenidamente el cielo. El día estaba bastante nublado, y ni siquiera podía verse con claridad el Etna. Aunque no había llovido, daba la sensación de que podía hacerlo en cualquier momento.



A la salida del colegio, Fanfalone fue derecho hacia Wanda y Darío. Aunque los tres llevaban la misma dirección, nunca los acompañaba; pensaba que eran novios, y a los novios, mejor dejarlos en paz. Por supuesto, una cosa era dejarlos en paz y otra pregonar su noviazgo a los cuatro vientos, lo cual le encantaba. Wanda y Darío, que jamás se habían planteado ser novios, cansados de desmentirlo, habían llegado a la conclusión de que lo mejor era no hacerle ni caso.

–¿Os importa que hoy vaya con vosotros?

Wanda y Darío se miraron y se encogieron de hombros.

–He pensado que, como pertenecemos a la misma agencia de investigadores... –comenzó a decir con resolución.

–¿De qué estás hablando? –le cortó Darío.

–Hablo de Darwan Investigadores, naturalmente –continuó Fanfalone–. Creo que ya he hecho méritos para entrar.

–Pero ya te hemos explicado que ni Darío ni yo queremos ser investigadores y que, por consiguiente, esa agencia no pasa de ser una fantasía de las tuyas –le espetó Wanda negando con la cabeza–. Darío quiere ser vulcanólogo y cantante de rock, y yo quiero ser astrofísica y árbitro de fútbol. ¿Te ha quedado claro?

Fanfalone sonrió para sí con picardía.

–Es inútil –dijo–. Vosotros habéis nacido para ser investigadores. Ese es vuestro destino. Y el destino

está escrito, lo dice mi abuela. Por eso no me separaré nunca de vuestro lado.

Wanda y Darío volvieron a mirarse resignados. Cuando Fanfalone empezaba a ponerse pesado con ese tema, lo mejor era no hacerle ni caso, lo mismo que cuando se empeñaba en convertirlos en novios.

–Lo que tú digas –Darío le dedicó un gesto de indiferencia, pero Fanfalone aprovechó para volver a la carga.

–Como sabéis, hay dos vientos importantes que soplan en Sicilia: uno es el mistral, que viene del noroeste, del continente europeo, y que es frío; el otro es el siroco, que viene del sur, de África, y nos achicharra de calor. Por supuesto, hay otros vientos menores; pero esos dos...

–¿De qué tema nos estás hablando? –le cortó Wanda, pensando que Fanfalone se refería a algún capítulo del libro de Ciencias Naturales.

–¡Ah, ya lo entiendo! –Darío parecía haberlo visto claro–. ¿Has conseguido la pregunta que va a caer en el próximo examen?

–¡No! –se molestó Fanfalone.

–¿Entonces...?

–Solo quería proponeros una cosa.

–¿El qué?

–Que me acompañéis esta tarde al lugar exacto donde comienza la lluvia, aunque también podría llamarlo el lugar exacto donde termina la lluvia. Es

como una línea vertical invisible. A un lado de esa línea, llueve; al otro lado, no.

¿Habría enloquecido Fanfalone? Desde luego, su propuesta parecía un síntoma claro de demencia. ¡Lo que le faltaba al pobre! Wanda y Darío no sabían cómo reaccionar.

–¿Estás loco o es una broma?

–¿Os imagináis lo emocionante que tiene que ser colocarse justo en el medio de esa línea invisible?

–Yo no me lo imagino –replicó Darío.

–La lluvia solo os mojaría medio cuerpo –Fanfalone no cejaba–. ¡Es fantástico!

–Que te vaya bien esta tarde –le dijo Wanda; quería dar por zanjada aquella peregrina conversación, porque ya habían llegado a su calle y sentía hambre.

Fanfalone pensó que tenía que ir directamente al grano antes de que fuese demasiado tarde.

–Esta tarde, una persona muy importante de Ri-posto va a conseguir situarse en el lugar exacto donde comienza la lluvia, o donde termina, y yo voy a acompañarle. Me llevaré una cámara para sacar fotos. Tal vez mañana se publiquen en *La Sicilia*. La noticia lo merece, ¿no creéis?

–Pues si la noticia lo merece, no entiendo por qué no va con esa persona tan importante un periodista de *La Sicilia* y le hace la foto, e incluso una entrevista.

–Nadie cree que pueda conseguirlo excepto yo –Fanfalone no se daba por vencido.

Wanda estaba abriendo el portal de su edificio. De pronto, se fijó en el bigote de Fanfalone. Desde luego, los pelos habían perdido fuerza, y era evidente que muchos se habían caído. Sabía que su amigo había estado en el médico la semana pasada.

–¿Qué le pasa a tu bigote?

–El médico me dijo que era cosa de las hormonas. Como aún soy un niño, me faltan las hormonas del bigote. Eso hace que se debilite y se caiga. ¡Qué rabia! ¡Si pudiera conseguir un poco de ese líquido crecepelo...! ¿Por qué los niños no podremos tener bigote?

–Pues yo prefiero no tenerlo –puntualizó Darío, y se pasó el dedo índice por encima del labio superior.

Wanda ya estaba dentro del portal. De pronto, le picó la curiosidad y se volvió hacia Fanfalone.

–¿Quién es el tipo al que acompañarás esta tarde a ese sitio donde comienza o termina la lluvia? –le preguntó.

–Orlando Fuocovivo.

–¿Orlando Fuocovivo!? –se sorprendieron a la vez Wanda y Darío.